



Año I.—Núm. 17.	PRECIOS DE SUSCRICION	DIRECCIÓN	AVISOS—POR UNA SOLA INSERCIÓN	VALPARAISO
	Por un año..... \$ 3 00	Correo, Casilla Núm 294.	Una columna..... \$ 5 00	Marzo 18 de 1888
	" semestre..... 1 50		Media..... 2 00	
	" trimestre..... 0 50		Cuarto..... 1 25	
	" mes..... 0 16		Octavo..... 75	
	Número suelto..... 0 10			

La Ilustración Tipográfica.

VALPARAISO, 18 DE MARZO DE 1888

Las elecciones y los derechos del ciudadano.



"Formase los caracteres en las grandes luchas, y se acrisolan en los conflictos"

"Nada grande es posible sin buena enseñanza y sin dignos ejemplos"

Según lo prescribe la ley, el próximo Domingo 25 de Marzo, tendrán lugar las elecciones para designar los representantes del pueblo en el Congreso.

Prestando fiel acatamiento a las prescripciones de esa ley, habría llegado el momento de pronunciarse la manifestación de las aspiraciones del país, con la designación de los candidatos que mejor sirvieran sus intereses. Por desgracia, no es la opinión nacional la que se manifestará, sino que por sobre la ley será la voluntad de unos cuantos *afortunados*.

Cobijados bajo el nombre de un partido, han escalado puestos superiores, de donde pueden asegurarse la satisfacción de sus caprichos. ¡Felices ellos! Han sabido perseguir la realización de sus propósitos, aprovechándose del desconcierto social de sus adversarios políticos.

Mientras tanto, nosotros no seguiremos a la prensa que sirve de eco a los quejumbrosos, sino que procuraremos sacar las enseñanzas que se desprenden de los hechos consumados.

Desde luego, tenemos en limpio que no son los intereses de un partido, de un círculo ó de una agrupación, los que pueden interpretar la voluntad nacional y consultar los verdaderos derechos del pueblo.

Un partido que obedece a la consigna propia, no verá ni sentirá jamás las necesidades comunes, sino en cuanto éstas se adapten a su consigna.

Es así como tendremos que ir de estación en estación hasta llegar al calvario del servilismo y del envilecimiento, si no nos apartamos de la ruta.

Para convencerse de esta verdad, no hay más que echar una mirada investigadora sobre el campo de acción.

De en medio de las excitaciones, de los impresos, de los llamados y de las promesas, salta a la vista un hecho por demás elocuente.

Los descontentos saben de sobra que para encontrar eco en la opinión pública necesitan ceñir

sus argumentaciones a una doctrina fija é invariable, a una doctrina que acate todas las opiniones, que respete todas las voluntades, que reconozca todos los derechos y que haga eco aún a la voz del más humilde, del más desvalido.

Hé ahí una doctrina proclamada teóricamente como necesaria y que proclamada prácticamente es provechosa.

Para llevarla más aparentemente a la teoría, los que de ella se sirven, á intento de hacerse escuchar, llaman al pueblo á su alrededor y en nombre de la emisión de su voluntad, se constituyen en aparentes ejecutores de ella. No omitirán sacrificios ni medios para conseguir el ideal.

Más, esta es una indigna farsa. Se llama al pueblo, se toma su nombre y se invocan sus intereses cuando los *redentores* se sienten molestados, pero todo no pasará de una teoría: tan pronto como se les deje de molestar y se les arroje un pan del banquete, la primera víctima será aquel pueblo y aquellos intereses que antes se defendían.

Así, pues, de este modo se hace una farsa ridícula y del peor gusto.

Basta escuchar los ecos que se desprenden de entre los mismos *redentores* para convencerse de que hay una necesidad, necesidad que no está llamada á ser satisfecha por espíritus vulgares y mezquinos, sino por los que de veras saben sacrificarse en aras del amor al pueblo.

La última agrupación política que más bulla viene metiendo desde su fundación, si fundación puede decirse tratándose de ella, es la del partido democrático.

Para que se vea cuánta miseria hay en el fondo de los que pretenden hacer *partido*, vamos á copiar unos cuantos párrafos del artículo de fondo de *La Verdad*, periódico que ve la luz en Santiago y que es el órgano, según se nos ha informado, de uno de los más conspicuos fundadores de dicho partido.

Hé aquí sus alardeos:

«Con una concurrencia de 68 votantes, eligió por fin, el Domingo, su candidato el llamado *partido democrático*, en la persona de don Donato Millán.

»¡Sesenta y ocho votantes! ¿Puede llamarse á esto un partido, y un partido democrático?

»Imposible.

»El partido democrático no existe reorganizado. Lo que existe es un grupo de individuos, donde hay raras y honrosas excepciones, que tratan á toda costa de arrogarse la representación del pueblo, ENGAÑÁNDOLE AUDAZ Y COBARDEMENTE.

»Si el llamado partido democrático lo fuera en realidad, no serian 68 votantes los que habrían

hecho la elección del candidato; serian algunos miles de votos los que habrían apoyado á la persona designada por el pueblo como su candidato para diputado en el Congreso.

»¿Cómo es entonces que ese reducido grupo de TRAFICANTES POLITICOS se arroga la representación del pueblo?

»El hoy llamado partido democrático es un partido que no podrá surgir; ni aún serviría como base para la reconstitución del verdadero partido democrático, porque hay en su seno mucho elemento *corrompido y pernicioso*.

»Destiérrese ese elemento perjudicial, pídase al pueblo su valioso contingente, y el partido democrático comenzará á levantarse para gloria de la República y bienestar de las clases obreras.»

Tal es lo que se dice por un miembro de ese partido, en la misma prensa que sirve los derechos del pueblo.

Ahora bien: sin emitir por hoy nuestra opinión sobre este particular, queremos dejar consignado, ya que nuestro verdadero propósito es servir los intereses del pueblo de un modo práctico, que las declamaciones, los ofrecimientos y los programas de los llamados *redentores* del pueblo, están indicando la necesidad de que haya un principio sano y elevado, una doctrina moral justa y verdadera que regle la conciencia del ciudadano, que le enseñe á respetar lo que él exige se le respete, que le enseñe á conceder lo que él querría se le concediera. En una palabra: que haya en el pueblo conciencia y que esa conciencia tenga un juez severo en el Sér Supremo que rige los destinos del Universo.

El hombre, la agrupación ó partido que de este modo regle su conducta y sus acciones, llámeslo liberal, radical, nacional, conservador ó democrata, merecerá la confianza del pueblo y la representación de sus derechos.

Lo demás será pasar de manos de un tirano á otro tirano, de un opresor á otro opresor. Así el pueblo continuará siendo el juguete de ambiciosos vulgares y jamás recobrará sus derechos ni tomará la parte que le corresponde en la cosa pública.

Hoy se le pide su concurso para arrancar el poder de manos de los que no se interesan por el pueblo y mañana habría de prestarlo para depouer al que ya no solo no miraría esas necesidades, sino que le odiaría y le perseguiría.

Meditenlo bien los que de veras se interesen por él.

En cuanto á nosotros, creemos que «nada grande es posible sin buena enseñanza y sin dignos ejemplos».

LA REDACCIÓN.